

# Luis Abad Carretero: filósofo del instante

*Presentación de Ricardo Tejada*

Es difícil explicar por qué la obra de Luis Abad Carretero ha permanecido durante tanto tiempo en el olvido más persistente. No creo que ello sea atribuible, única y exclusivamente, al hecho de haber vivido en el exilio, durante largo tiempo. Las obras de otros filósofos exiliados republicanos, como María Zambrano o, incluso, José Gaos y Eduardo Nicol, han tenido una difusión mucho mayor que la suya, no sólo en América sino en España. Tal vez su peculiar itinerario vital, durante el exilio, tenga algo que ver: primero reside en la Argelia francesa, luego en la Francia metropolitana y, después, en México. Estas dos primeras estancias le hicieron perder seguramente el contacto con otros colegas y, en general, con el ambiente filosófico español del exilio. En su etapa francesa no pudo estrechar lazos con ningún círculo del exilio relacionado con su disciplina. Cuando llegó a México, trabó relación con el grupo de Gaos y de Zea, pero seguramente era ya demasiado tarde como para afianzar verdaderamente los vínculos. Por último, su vuelta a España, y en particular a su tierra natal, Almería, antes de la muerte de Franco, pudo poner en suspenso lo que, con gran esfuerzo, había empezado a construir en México. No se conoce tampoco ninguna reedición de sus libros en España hasta la edición facsimilar de *Niñez y filosofía*, en 1998, pero ésta se realiza con una difusión limitada y restringida, prácticamente, a la provincia almeriense. En definitiva, bastantes trabas, subjetivas y objetivas, para una recepción adecuada y un olvido espeso que sorprende hoy en día, dada la calidad y ambición de su obra.

Luis Abad Carretero nace en Almería en 1895. Su padre –republicano “a macha martillo”, según palabras de su hijo– le leía de niño el *Heraldo de Madrid*. Su abuelo había sido diputado republicano por Almería, durante la I República. De su infancia, se le quedan marcados los viajes en tren que hacía su familia al pueblo almeriense de su madre. En 1906, se matricula en la Escuela de Artes y Oficios. En efecto, la pintura será su segunda vocación, a veces, incluso, parece ser su primera vocación, dejando en un segundo plano la filosofía. En

## Cómo citar este artículo:

Tejada, R. (2015). Luis Abad Carretero: filósofo del instante. *Revista de Estudios Orteguianos*, (31), 143-164.

<https://doi.org/10.63487/reo.348>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de  
Estudios Orteguianos  
Nº 31. 2015  
noviembre-abril

1917, obtiene el título de bachiller, en Almería. En 1919 viaja a Nueva York, una estancia marcada por una “crisis espiritual difícil”. En 1922, aprueba el curso común de Filosofía y Letras en Granada. Más tarde, a partir de marzo del año siguiente, fecha presumible de su instalación en Madrid, realiza estudios universitarios de Filosofía y Derecho en la Universidad Central. Por lo que sabemos de su expediente académico, se matriculó de manera no oficial. Su asistencia a clases pudo no ser muy regular, debido, presumiblemente, a su condición de asalariado. Tenemos constancia de que en el curso académico 1923-1924, aprueba las asignaturas siguientes: Metafísica, Pedagogía, Estética e Historia de la Filosofía. Debíó de conocer por entonces a José Gaos y a José Ortega y Gasset, de quien se declarará discípulo décadas más tarde. No tenemos constancia oficial, a partir de los archivos de la Complutense, de los siguientes años cursados por Abad. Lo que sí sabemos es que desde el mes de abril de 1923 es socio del Ateneo de Madrid, de manera continuada hasta casi el estallido de la Guerra civil. La fecha de su última baja es el 15 de julio de 1936. Para 1926, tiene ya aprobados los cursos de doctorado en Filosofía y es profesor oficial del Colegio de Huérfanos de Telégrafos. Desde muy joven había trabajado durante “poco tiempo” en el Cuerpo de Telégrafos. Es en esta doble experiencia donde hay que encontrar la génesis de su primer libro, publicado en 1929: *Los colegios de huérfanos en España*. “Cinco años llevamos viviendo en el ambiente de los Colegios de Huérfanos”, dice en la introducción, lo que hace presumible su docencia, aunque fuese como profesor interino, u otro tipo de colaboración suya, desde 1922. El objetivo del libro es “intentar la renovación de los Colegios de Huérfanos”, sacando a cada uno del aislamiento en que viven gracias a una “Junta Coordinadora”, contextualizando sus problemas, inscribiéndolos en un contexto europeo de modernización pedagógica y psicológica, y, sobre todo, haciéndolos partícipe de aquellas corrientes españolas que estaban transformando la educación en aquel entonces, desde la FUE hasta la Institución Libre de Enseñanza, pasando por la *Revista de Pedagogía*.

En 1927, asiste a las tres conferencias impartidas por Albert Einstein en el aula de Química de la Universidad Central. En 1928 solicita ser profesor del Instituto Escuela de Madrid, principal centro de secundaria de la Institución Libre de Enseñanza. La solicitud es aceptada. Seguramente, el advenimiento de la II República refuerza en él las esperanzas renovadas que había depositado en el porvenir educativo y cultural de España. El 21 de octubre de 1931, imparte una conferencia sobre “El concepto y metodología de la enseñanza de la filosofía en la segunda enseñanza”. El 21 de enero de 1933 imparte otra conferencia, organizada por el sindicato de estudiantes FUE, en el ayuntamiento de Ceuta, con el título de “Escorzo de nuestra política desde el punto de vista de la vocación”, en donde expone su concepción de la persona, del humanismo y su

visión de cómo puede insertarse y realizarse el individuo en el seno de una sociedad democrática. Entre 1933 y 1934 es pensionado en el extranjero gracias a la JAE. Se traslada a Suiza para ampliar sus estudios en Psicología. Para entonces es ya catedrático de Filosofía del Instituto Hispano-Marroquí de Ceuta.

Muy probablemente es durante este periodo ateneísta, desde finales de los años veinte, cuando Luis Abad pudo conocer a José Giral y a Manuel Azaña, principales dirigentes de Acción Republicana, más tarde, ya fusionada con otros grupos republicanos en 1934, Izquierda Republicana. Probablemente es en este año o poco después cuando es nombrado presidente de Izquierda Republicana en Ceuta. También es de estos años, de 1934, la publicación de su primer libro, dedicado a su maestro, Ortega y Gasset: *Sentido psicológico de la felicidad y otros ensayos*, en el que destaca el texto “El concepto de actualidad”, germen de su concepción futura de la temporalidad. Según él, “las vidas del pasado y del futuro” son ambas “imaginadas”. Detrás de todo recuerdo, hay, a su entender, un querer recordar, y detrás de toda suposición acerca del futuro hay una volición. Lo “indiscutible” se da en el presente, pivote de la voluntad.

Luis Abad se había casado por estos años con Antonia Castillo, quien será la única doctora en el hospital de Ceuta. El golpe de Estado de julio de 1936 les obliga a separarse pues ambos temen por sus vidas. Volverán a reencontrarse 18 años más tarde. Antonia Castillo, a quien le habían sancionado las autoridades franquistas en 1939, será una pionera en estudios sobre el cáncer, ya en América, en el exilio. Luis Abad permanece en la península ibérica mientras su mujer, con muchas dificultades, logra sobrevivir en Ceuta.

Al terminar la Guerra Civil, el profesor almeriense se ve obligado a tomar el buque Stanbrook que partirá de Alicante, en circunstancias –como se sabe– muy dramáticas, con destino a Orán, donde las autoridades francesas no dejarán pisar tierra a los pasajeros hasta varios días después de su llegada a puerto. Es el único de los hermanos en partir al exilio. Abad es internado en el campo de concentración de Boghari. Consigue regresar a Orán, en donde vive diez años, dando clases de español e inglés, luego de matemáticas, y exponiendo, en dos ocasiones, sus pinturas y vendiéndolas. Una de ellas en Sidi-Bel-Abbés. A comienzos de 1950, se dirige a la Francia metropolitana, a París, donde pudo asistir a las clases de Gaston Bachelard y de Jean Wahl, en la Universidad de la Sorbona. De forma paralela, imparte clases de español en el prestigioso liceo Henry IV y expone sus pinturas en alguna que otra exposición, por ejemplo, en el Salón de Mayo del 51.

A fines de 1952, Luis Abad se traslada a México, con el ánimo de incorporarse “de manera decisiva y definitiva a la vida mexicana”. Se afincan en la capital. En la sede de la *Alliance Française* expone una serie de cuadros con el título de “Paisajes de Francia” que luego amplía a “Paisajes de Francia y

México”, en varias ciudades mexicanas, y más tarde 51 nuevos cuadros en Miami. A comienzos de 1953, asiste a un ciclo de conferencias impartidas por Leopoldo Zea en la Facultad de Filosofía y Letras. Se integra en la vida intelectual del Colegio de México. En 1955 ó 1956, sabemos que asiste a diez conferencias de Jesús Silva Herzog –cofundador de la revista *Cuadernos Americanos* en 1942 junto a Juan Larrea– sobre “La tenencia de la tierra y el liberalismo mexicano”. A través de Silva, de Juan Rejano y de Roberto Fernández Balbuena tiene noticias de primera mano de la vida y obra de Larrea, quien se había marchado al Perú en 1956. Abad escribirá sobre el poeta y ensayista vasco un largo artículo al año siguiente. En la revista *Cuadernos Americanos* publicará numerosos trabajos de tono ensayístico. Las preocupaciones intelectuales de Abad giran en torno a la cultura española (el *Quijote*), la obra de los filósofos y ensayistas españoles (Ortega y Gasset, Larrea y Gaos), la cultura mexicana y sus grandes promesas (Leopoldo Zea), pasando por la soledad, la historia, sus ritmos específicos y la biología contemporánea.

El Colegio de México tendrá un Seminario de Filosofía dirigido por el filósofo exiliado, José Gaos. Muchos de los exiliados republicanos impartirán clases en lo que había sido, antes de 1940, la Casa de España en México. Es de sus prensas de donde saldrán algunos de los libros más importantes de Abad, en especial, *Una filosofía del instante*, en 1954, que condensa su concepción del instante como elemento definidor de la modernidad, en el que juegan un papel primordial la prisa, el éxito, la velocidad, el periodismo y el urbanismo galopante. Es el “yo quiero” el que impone, en cada momento, el presente y, por ende, el ser. Sobre él se construye el tiempo, o ritmo, psicológico, luego el social, y, por encima, el tiempo, o ritmo, histórico. En 1956 es nombrado profesor titular de la cátedra de Psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México. A continuación vendrán: *Niñez y filosofía*, en 1957, conjunto de ensayos de temática varia, *Instante, querer y realidad*, en 1958 y *Vida y sentido*, en 1960, que junto con la *Aparición de la visciencia*, de 1963, pueden considerarse prolongaciones y profundizaciones de su libro axial de 1954. La relación entre lo animal y lo humano será estudiada en *Presencia del animal en el hombre*, de 1962. La pareja formada por Luis Abad y Antonia Castillo regresan a España en 1966. Al parecer, se retiran a Gádor (en Almería) donde vivirán sus últimos años. Ella fallece a principios de 1971 y él el 13 de noviembre del mismo año.

En “Ortega por dentro”, Luis Abad rememora los años de convivencia con su maestro, cuando asistía a sus clases sobre David Hume, en el Museo Pedagógico de Madrid. Menciona su admiración por Napoleón y la lectura de corrido que hizo de niño de la *Comedia humana* de Balzac. Llama la atención en su semblanza la manera como imagina a Ortega en su niñez, la gracia, el garbo, el genio y el estilo que pudieron ya ser rasgos de su personalidad desde sus

primeros años de vida. Comparte con otros recuerdos publicados por sus discípulos, el hecho de hacer hincapié en el tono y vigor de sus palabras, en la manera como recalca palabras como “rigorosamente”, en su talante abierto y amigable.

En “Meditación sobre Ortega”, Abad se apoya en el prólogo de su maestro a las *Obras completas* en el que afirma que “Yo me veo a mí mismo que soy presente a mi vida”. El yo se va eligiendo en lo que va a ser “uno mismo en el minuto que llega”. O dicho en palabras de Abad: el tiempo es “una decisión tras otra decisión. Esto es, la sucesión de los segundos”, es decir, “en realidad la sucesión de mis decisiones”. Abad parece estar en plena sintonía con Ortega en este punto aunque reconociendo que su maestro no tematizó la cuestión temporal. Por el contrario, no comparte con Ortega el hecho de reducir el querer al pensar, en el ámbito del yo espiritual, lo que le deja en manos del racionalismo y del cartesianismo, según él. La voluntad es, para el almeriense, lo vital por antonomasia. La paradoja es que, por otros medios, el pensamiento de Abad cae, de manera inopinada, en los brazos de Descartes al reducir la vida y el tiempo al “yo quiero” del presente. El equívoco estribará en que por “querer” entiende él también, en un sentido amplio, el mundo del ensueño y de los afectos. Abad reseñó en *Cuadernos del Congreso por la libertad de la Cultura* la obra maestra de María Zambrano, *El hombre y lo divino*, justo un año después de su publicación, en 1956. Abad no parece entender su pensamiento de manera plena. Y, sin embargo, se podrían entrever algunas aproximaciones entre ambos planteamientos, por ejemplo, en el papel atribuido al ensueño.

Cuando se piensa de verdad, como él lo hizo, no se hace sino proporcionar al lector llaves para nuevas puertas, pistas para nuevos senderos. Pues pensar es siempre dejar un mensaje en una botella. Y aunque esté años y años en el océano, olvidada de todos, siempre llegará, tarde o temprano, a una playa, donde un náufrago, un lugareño o un nómada la verá y la abrirá.

Así manda el tiempo.



---

## LUIS ABAD CARRETERO

### *Ortega por dentro*

Mucho se ha escrito y hablado sobre el maestro Ortega y Gasset desde su reciente muerte. Su aguda filosofía ha corrido de pluma en pluma y de boca en boca. Su rica historia ha sido expuesta en los más variados detalles. De su estilo impecable se ha hablado en todos los tonos. Ha sido un estudio tan exhaustivo que yo no he osado entrar más que de puntillas en la estancia de sus recuerdos.

No pretendo perturbar la paz del maestro. Vengo a hacerlo en silencio. No quisiera pronunciar una voz sonora o discordante, ni siquiera plañidera o dolorosa. No corresponde. El espíritu de un hombre, cuando muere, ya no le pertenece, es de todos. Cada cual, al recordarle, debe procurar añadirle una nueva faceta. En mis palabras sólo quisiera recordar aquellos días en que asistía a sus clases de Metafísica en el Museo Pedagógico de Madrid, que es donde él las daba, en lugar de hacerlo en la Universidad Central, y mezclar esos recuerdos con otros que de su infancia tengo. Por eso espero que el maestro no me echará en cara que haya venido a importunarle en su reposo.

Cuántos detalles aparecen en mi memoria, vivos, como si no hubieran transcurrido 32 años desde entonces. Pero estos recuerdos no tienen apenas volumen, son simples frases o gestos suyos. Ortega me acogía siempre con la misma sonrisa. Su persona rezumaba simpatía por todos sus poros. Tenía atractivo. Era menudo y ágil, su cuerpo. Nada había de grave en sus expresiones, en sus actitudes. Todo lo hacía y decía sin excederse, sin dureza, en tono menor; lisa, pura y elegantemente. Recuerdo aquel día en que se levantó en clase para dibujar un esquema sobre el pizarrón y al volverse chasqueando los dedos para sacudirse el polvo del gis, dijo: “el oficio de profesor tiene mucho que ver con el de albañil”. Fue una ocurrencia tan espontánea y fina, que cayó sobre nosotros, sus alumnos, y sobre las personas mayores que asistían al curso, como un perfume o un resplandor lejanos.

Otro día nos hablaba como de pasada de la extrañeza que sentimos cuando estamos en casa del sastre probándonos un traje. Nos fijamos en el espejo que está frente a nosotros y en el cual aparece nuestra figura; pero si de pronto miramos de reojo a los otros espejos que están en el probador para vernos la espalda, nos miramos el rostro, y nos produce la impresión de que alguien entró en la sala y se está reflejando en ellos y que nosotros ya no somos el mismo.

Se leía en clase el “Tratado de la Naturaleza Humana” de David Hume. Sobre mí había recaído en aquel curso la lectura. Un día, leyendo un párrafo del texto en inglés, tuve una cierta vacilación. El maestro me echó una mano, le dio un giro distinto a la frase y la presentó limpia, llena de sentido. Su rapidez intelectual, su visión clara, me impresionaron. En otra ocasión, a propósito de la misma lectura, me preguntó las tablas de Bacon, y yo tuve la debilidad de decírselas de corrido y en latín. Y de pronto exclamó haciendo gala de su sonrisa: “¡Hombre, no salió mal ese latinajo!” Yo me reí. Fue simpático su gesto.

Todo lo que hacía, todo lo que tocaba el maestro, estaba ungido por los dedos de la gracia. Tenía la sal andaluza en sus dichos, aunque fuera castellano de cepa. No sé cómo sería de niño, pero yo lo evoco en sus cuatro años el día en que compró un tentempié y lo puso tendido sobre la mesa y el muñeco volvió a su posición primitiva, y así una y otra vez. El chamaco se enfureció. Hasta que su padre quitó al muñeco el plomo de la base y entonces el niño lo cogió, lo tendió y ya no se puso en pie. Se hubiera podido preguntar él, de haber tenido el don de la adivinación filosófica: ¿dónde iba a poder estar la “razón vital” de un muñeco que está hecho de cartón?

En clase nos solía poner Ortega ejemplos y en ellos caía con alguna frecuencia sobre el sombrero bicorne de Napoleón. ¿Por qué aquella admiración suya por el hombre que quiso ser dueño de Europa? Nunca vi que escribiera nada sobre él, pero en el fondo lo adoraba. ¿Sería por su genio europeo y dominador, por su convicción y entusiasmo, por su entereza y valor? ¿Querría él también haber conducido a España, dominándola, hacia más grandes destinos? Pero no, el siguiente párrafo lo revela: “No se me oculta –dijo en el curso de 1933–, que podría tener a casi toda la juventud española en veinticuatro horas, como un solo hombre, detrás de mí: bastaría que pronunciase una sola palabra. Pero esa palabra sería falsa y no estoy dispuesto a invitaros a que falsifiquéis vuestras vidas”. ¿Qué habrá pensado, desde que ahogó su pluma y su voz voluntariamente en el silencio en los últimos años de su vida..? Tengo tal seguridad en el carácter veraz de Ortega que sé [que] no se habrá arrepentido de no haberlo hecho, a pesar de lo ocurrido.

Qué obsesión tenía el maestro cuando siendo niño pidió a su padre que le comprara un borriquito para pasearse por las calles de Córdoba. Y dale con el borrico. Hasta que su padre le dijo que si en el término de dos días le recitaba

de memoria y sin una sola falta el primer capítulo del Quijote le compraba el borrico. Y 48 horas después el niño era dueño de su burrito. ¿No habrá ahí como una iniciación de lo que andando el tiempo se convertiría en “Las Meditaciones del Quijote”? El burrito creció y se transformó en Rocinante y sobre él Ortega y Gasset recorrió los calveros hispanos.

Otra vez en clase, para mostrar la oposición entre el pensamiento y nuestro cuerpo, nos decía de una manera gráfica que no podíamos pensar la *a* y pronunciar la *o*. Al pensar la *a* estamos viendo la letra del alfabeto y se aglomeran en nuestra mente recuerdos de palabras donde abunda la *a*. Cuando pronunciamos la *o* nuestra boca se hace circular y ese círculo se trasmite a donde vemos el recuerdo de la *a* y se produce entonces la contradicción en la simultaneidad: no pueden coincidir el círculo de la *o* de nuestra boca y el cuadrado de la *a* de nuestro pensar.

La curiosidad y la inspiración espoleaban continuamente su pensamiento. Tenía el ingenio y el genio de la raza. Sembraba en nosotros más que doctrina, estilo, más que sabiduría, manera y formas de vivir con rebeldía mental y soltura física.

Hablaba de la mujer alguna que otra vez en clase. Un día nos decía que la diferencia entre la mujer y el hombre él la veía en que la mujer siente más su cuerpo que el hombre el suyo. Pero nunca se le hubiera ocurrido la chocarrería de que la mujer tiene el pelo largo y las ideas cortas. Yo creo que Ortega tenía una idea elevada de la mujer. Lo revela cuando nos decía una noche que un país sería lo que quisieran sus mujeres.

Solía emplear Ortega en sus explicaciones, con gran frecuencia, las palabras “rigurosa” y “rigurosamente”, pero no dichas así, sino en su otra forma castellana “rigorosa” y “rigorosamente”, cambiando la *u* en *o*, como asimismo lo hace en todos sus escritos. Cuando él decía “hablando rigurosamente” ponía en su expresión un acento severo, un ceño adusto. Al tapar la ventana por donde la *u* respira y transformarla en *o*, dejaba al alumno como encerrado en un mundo nuevo y en el cual parecía escuchar: si quieres hacer filosofía has de cortar las amarras y ser preciso, exacto en tu pensamiento, evadiéndote de confusiones y oscuridades. Para él la frase rigurosa tenía el mismo sentido que en Descartes lo claro y lo distinto. Lo riguroso significaba, empleando el lenguaje de la plazuela, como él nos decía, “no tomar el rábano por las hojas”, frase que le era también muy familiar.

Ortega, siendo niño, teniendo unos doce años, se leyó de un tirón nada menos que toda la Comedia Humana de Balzac. Tan grande fue el esfuerzo hecho que cayó enfermo. ¿No influiría esto en su actitud respecto a la sociedad entera española, al querer adentrarse en sus clases altas para conocerlas;

a pesar de que también dijese que: “En España lo ha hecho todo el pueblo, y lo que no ha hecho el pueblo, se ha quedado sin hacer”?

Nuestra admiración por el maestro fue grande. Su influencia sobre nosotros poderosa. Le copiábamos y le imitábamos sin darnos cuenta. Leíamos sus folletos de “El Sol” y sus artículos de “España” con avidez. Sus libros y las traducciones de la “Revista de Occidente” en el momento que salían. La juventud española de aquel tiempo estaba ávida de saber y de horizontes. Le seguimos hasta en la Agrupación al Servicio de la República. En un libro que por entonces yo publiqué puse esta dedicatoria: “A D. José Ortega y Gasset, maestro de España, y hombre de la más fina sensibilidad filosófica de todos los tiempos. Cariñosa y sencillamente. Su discípulo”.

*Niñez y filosofía*, El Colegio de México, México, 1957, pp. 41-45.

### *Meditación sobre Ortega*<sup>1</sup>

**E**n las *Meditaciones del Quijote* define Ortega la meditación diciendo que “es el movimiento en que abandonamos las superficies, como costas de tierra firme, y nos sentimos lanzados en un elemento más tenue, donde no hay puntos materiales de apoyo. Cuando meditamos –añade– tiene que sostenerse el ánimo a toda tensión, en esfuerzo doloroso e integral”.

Y yo me he preguntado, ¿cómo mantener el equilibrio para meditar sobre Ortega, un filósofo de tan múltiples matices, de tan firmes y sutiles pensamientos? Y no he encontrado otro medio, para no extraviarme, que adentrarme en mí mismo y ver cómo Ortega ha influido en mí, porque si de algo podemos estar seguros es de lo que nos sucede en nuestro mundo interior, arraigado en convicciones propias. Es cierto que las dudas pueden asaltarnos; pero precisamente toda meditación tiende a puntualizarlas, definirlas y esclarecerlas. En el fondo, pues, esta meditación será un monólogo, pero ¿qué

<sup>1</sup> Conferencia pronunciada en el Ateneo Español de México en la noche del 20 de agosto de 1956, por el profesor Luis Abad Carretero.

monólogo es posible si no va avanzando en forma de diálogo, mantenido con un supuesto prójimo, o con nosotros mismos desdoblados en yo y en prójimo? Es el maestro Ortega el prójimo en este caso. Y ojalá que nunca se hubiera muerto para que hubiéramos podido dialogar en lo vivo con hombre de tan hondo y claro pensar, como tantas veces lo hicimos. A la vera de su recuerdo vamos a someter nuestro propio pensamiento a prueba.

Ortega comenzó a desarrollarse mentalmente en una época en que la filosofía se había ya liberado del positivismo sin encontrar asidero en una vuelta al racionalismo. Aparecía el intuicionismo de Bergson con gran vigor en Francia y el neokantismo daba sus frutos en la escuela de Marburgo. Ortega prefirió estudiar en Alemania para conseguir una rigurosa disciplina intelectual; pero una de las cosas que le causaron mayor sorpresa fue ver que su maestro Cohen desconociera a Bergson. Y esto, como veremos más tarde, había de tener grandes repercusiones en su pensar.

Ortega tuvo que hacer un balance riguroso de la filosofía con el fin de abrir una brecha donde insertar su propio edificio mental. Producto de ese análisis fue el curso de diez conferencias que con el título “Qué es la filosofía” nos dio en el año 1929 en el teatro Infanta Beatriz de Madrid, donde abordó el problema con toda decisión. Lo esencial de ellas fue la crítica que hizo de la filosofía cartesiana. Allí el maestro, al estudiar el *cogito* mostró la realidad de otras muchas actividades del hombre, que afirmaban su existencia con el mismo derecho que el pensar. La circunstancia vital, pensamiento central de Ortega, extravasaba el reino del pensar. En el cartesianismo la vida, con su perfil imperioso, no aparecía.

Cuando en las *Meditaciones del Quijote* Ortega lanzó su frase “Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo”, iniciaba y condensaba una profunda doctrina filosófica que pretendía rebasar los límites impuestos por el idealismo y el realismo. El “yo y la circunstancia” orteguianos estaban centrados en el concepto de vida. El racionalismo no tenía en cuenta la acción del hombre, su vivir mismo, y se quedaba con uno de sus dos elementos, el mental, eliminando el vital, que es el más importante. Y la vida es el aquí y el ahora, es absoluta actualidad, y al propio tiempo cambio continuo. Por eso el maestro exclamaba: “Ha llegado la hora de que la simiente de Héraclito dé su magna cosecha”.

Yo no pretendo hacer una exposición de la filosofía de Ortega. De intentarlo desvirtuaría mi intención inicial, haría historia y no una meditación, como es mi propósito. Lo que me interesa recoger de Ortega pues, es lo que me ha servido para abrirme camino en mi propio pensar.

El raciovitalismo de Ortega parte del concepto de vida, la cual ha de manifestarse al hombre en cada instante en forma de suposición o invento. Ortega

nos dice que cada hombre es el novelista de su propia vida, o sea que ha de inventarla a cada momento para hacerla frente. La vida es una realidad radical que se manifiesta en instantes sucesivos.

Ortega ha sido el filósofo que más ha influido sobre mi pensamiento. Pero una cosa es que yo parta de ideas fundamentales suyas y otras que me pliegue completamente a ellas. Como él decía “de todo cabe beatería”. A lo que yo añado: hasta del discipulismo. Para mí el discípulo ha de recibir del maestro el impulso inicial, el básico, y a partir de él ha de tratar de abrir su propia vía. Pero no por afán de originalidad, sino por una necesidad imperiosa que imponen a la vez el maestro y el discípulo. El maestro no puede abarcar todas las directrices que sus ideas puedan señalar. Además, un pensar realmente válido necesita mucho tiempo para desenvolverse. “Lo esencial, como dijo Curtius al hablar de Ortega, es tener una intuición originaria, que luego se le revela como su misión, e ir desarrollándola a lo largo de su vida”. Y Ortega fue fiel constantemente a su intuición fundamental: el concepto de vida como integrante de supremos y originales valores. No olvido estas palabras suyas, que me sirven de guía en todo momento: “La misión inexcusable de un intelectual es ante todo tener una doctrina taxativa inequívoca y, a ser posible, formularla, en tesis rigurosas, fácilmente inteligibles”.

Yo siempre he tenido una preocupación que se ha impuesto a todas las demás mías: dar forma al contenido de mi mundo interior y asimismo al que me circunda. Y para hacerlo, desde mi mocedad, no he tenido otra realidad en qué apoyarme que el instante en que vivo. Al verme yo viviendo en instantes sucesivos trataba de explicarme el tiempo y no lo conseguía. Empecé por separarlo del espacio, pero entonces el tiempo y todos los contenidos mentales me aparecían sin consistencia ni orden. Observé luego que el tiempo no era algo externo a mí, sino que estaba en mí mismo; pero no “a priori” y como forma de mi sensibilidad, cual en Kant, sino en una serie de decisiones. Vi claro enseguida que el tiempo era una decisión tras otra decisión. Esto es, la sucesión de los segundos era en realidad la sucesión de mis decisiones. Y a base de esto empecé a reconstruir el mundo y a situarme establemente en él con mi pensamiento. Pero la posición mía no representaba un subjetivismo absoluto, pues las decisiones me ligaban a las acciones, las cuales son las que nos dan solidez y sentido.

Ya atacado el problema del tiempo, para mí el fundamental, tenía que hacer una interpretación del pasado y del futuro en el seno de mi vivir mismo y por lo tanto en el instante, porque es en él donde se produce la acción. Y desde el instante vi que el pasado y el futuro no tenían realidad más que cuando la fuerza imperiosa de aquél los obligaba a presentarse. Es decir, que yo quería evocar el pasado lo tenía que hacer en un futuro con relación a él, pero para evocar éste lo tenía que hacer en el instante; así pues, la única realidad que existe

para el hombre es el instante mismo sobre el que se desliza, por breve que se le considere.

Voy a recordar una frase de Ortega, tan salada como todas las suyas, al hablar con el prólogo a sus obras completas de la decisión en el instante. Es la siguiente: “Nótese que lo que se elige no es el clavel o la rosa, sino qué va a ser uno mismo en el minuto que llega”. Cuya frase la expresaba también de otra manera: “Pero la vida del hombre es tener que decidir en cada instante lo que ha de hacer en el próximo”. Como vemos, hay aquí ligados tres conceptos que conviene analizar. Son éstos: el instante, el futuro y la decisión. Vamos pues a pasar revista a cada uno de ellos sucesivamente, partiendo siempre, repito, de nuestro continuo supuesto de que los tres nos suman en el seno de la acción, fuera de la cual el hombre no puede acusar su perfil real, el cual era también pensamiento central de Ortega.

Detengámonos primero en el instante. Ortega, en todos sus escritos, afirma continuamente su realidad. Es impresionante ver con la fuerza y la reiteración que lo hace. He aquí unos cuantos ejemplos que lo prueban. Citarlos todos sería imposible. En las *Meditaciones del Quijote* dice: “Cultura no es la vida toda, sino sólo el momento de seguridad, de firmeza de claridad”. Y en *Ideas y creencias* nos brinda este pensamiento: “La vida nos mete prisa y pide instantáneamente que sepamos a qué atenernos...”. Y en *Acción y contemplación* expone: “Tenemos que resolvernos nuestros problemas sin colaboración activa del pasado, en pleno actualismo”. Y cuando algunas veces nos habla de su asco por el recuerdo ¿no afirma con ello que el instante es lo valioso por excelencia? Y en la *Historia como sistema* manifiesta: “Es decir, que cuando yo capto los objetos al pasar, en el instante, es cuando estoy en presencia de la razón vital o histórica”. “Yo me veo a mí mismo –dice en el prólogo a sus obras– soy presente a mi vida, asisto inmediatamente a ella; pero el prójimo tengo que imaginarlo”. Y en otra parte nos indica: “Esa pura iluminación instantánea que caracteriza a la verdad tiénela ésta sólo en el instante de su descubrimiento”. ¿No se ve en todos los pensamientos expuestos como idea central suya el valor primordial que daba al instante y a la acción realizada en él, sobre todo en ese párrafo en que al estar en el instante se encuentra en presencia de la razón vital o histórica?

Ya se advertirá, que cuando yo hablo de una filosofía del instante, no me confundo con los poetas o literatos que toman el mismo punto de vista. Ellos exaltan el valor de la acción en el instante, pero no les interesa analizar o interpretar la relación que pueda tener la acción en el instante con el pasado y el futuro, y la deformación que éstos puedan sufrir en aquéllos, ni se detienen a estudiar su sentido dentro del devenir histórico y vital. Todo esto a ellos no les importa, porque sólo están pendientes de la inspiración o de los contenidos

de las acciones. Ni el instante ni la acción en sí mismos tienen por qué ser objetos de sus preocupaciones.

No siempre los filósofos han interpretado adecuadamente el instante, su dimensión mejor dicho, y la acción en él. En general, lo han considerado como el instante relámpago, físico, sin pretender observar que el instante es de tipo psicológico y dura un tiempo que oscila entre los 6 y los 11 segundos, que es el término máximo en el que nuestra atención puede mantenerse. Se ve pues, que el instante y la atención están indisolublemente ligados. Si aparte del cómputo en segundos a mí se me preguntara qué es el instante, yo contestaría que es el tiempo necesario para hacer frente a una situación. Y aunque haya instantes en que tenemos vacilación o duda, e incluso silencio, ésa es también la manera de hacer frente a una situación en el instante.

Nuestra vida sería imposible si no se desarrollara en instantes, puesto que no podemos vivir en una atención contigua, ni se puede aplicar siempre a un solo objeto. Y es evidente que toda decisión se hace en un instante, que es el último inmediatamente antes de la acción. Es natural ser preciso comprender que la vida no se resuelve en un momento, puesto que hay acciones que duran, que necesitan años para desenvolverse, pero éstas más que acciones son procesos vitales. Obrar en el instante envuelve dos conceptos fundamentales, como son los de potencia y acto, de un marcado sabor aristotélico, la potencia teniendo la virtud de impulsar el acto del instante actual y además de prever el relativo al instante del futuro inmediato, o quizás lejano.

Vengamos ahora al estadio de este segundo concepto, el del futuro. Diré de antemano que no me ocupo del pasado porque éste no vuelve a presentarse jamás al hombre como pasado, pensamiento totalmente opuesto a la postura de Hegel, el cual daba sólo personalidad al pasado y a la existencia del ser en el mismo, lo cual pone de relieve lo lejos que estamos de idealismo, como lo estaba el propio Ortega.

Hemos citado de éste la frase del clavel y la rosa que él expresaba también diciendo: “La vida del hombre es tener que decidir en cada instante lo que ha de hacer en el próximo”.

Esto es cierto; pero observemos que el maestro da un salto y en lugar de mantenerse en el instante, desde donde se inventa el futuro, se traslada a éste. Y yo quisiera detenerme aquí por la importancia que tiene esta transposición. Toda la vida se hace en el presente, porque no hay más realidad que éste. Ahora bien, estamos inclinados hacia el futuro, puesto que es en el futuro donde existen el peligro y la muerte. Sin embargo, el acto de proyección hacia el futuro no lo hacemos en el futuro, sino en el presente, en este instante mismo en que hacemos la proyección. Esto es, que el acto en el instante es intransferible al futuro. Repito, el acto en que imagino el futuro está aquí, en este preciso

momento en que estoy previendo el futuro y no en el futuro. De no ser así ¿sería la vida posible? Si nuestra acción fuera la que será luego, la imaginada, el instante actual no existiría. Y vendríamos a la gran paradoja de una vida que es real en acciones actuales y sucesivas, porque las tocamos, y en cambio no existiría más que las del futuro, y toda la realidad de nuestras decisiones sería inexistente, es decir, nuestra vida sería un fantasma, sería negada. ¿No es ésta precisamente la falta del racionalismo? Por no haber querido o sabido ver la significación del instante y de la acción en él, la filosofía y en general la cultura han hecho cultura desde el pasado y el futuro. Claro es que esto quien lo hacía era el pensar, pues el querer se imponía en todo momento al hombre y llevaba a la acción, a pesar del pensamiento. ¿No provendrá también de ahí, de esa negación del instante y de la acción en él, la angustia ante la nada a que nos condujo el existencialismo, ese nada que sería precisamente el espacio vacío existente entre el instante actual negado y el futuro imaginado en el mismo? ¿Y no lo será, precisamente por no haberse planteado el existencialismo la vida en el instante mismo de la decisión como la máxima, como la única realidad del hombre? ¿Y no habrá sido el existencialismo la última de las ficciones filosóficas?

Claro es que se nos dirá ¿pero cómo es posible todo lo que de estable hay en la vida si todo es inestable, puesto que no hay más que instantes? No nos damos cuenta de que somos más exigentes con el espíritu que con la materia. En una época en que los físicos someten a la materia a descomposiciones atómicas y electrónicas ¿por qué nos sorprende descubrir la acción en el instante como fundamental de la psique humana? Lo mismo que la materia no deja de existir cuando se la descompone, el alma tampoco. No se trata de un atomismo psicológico, que yo no acepto, que rechazo en absoluto. Trátase simplemente de comprender el punto de partida básico para interpretar los fenómenos anímicos, o sea que nuestra acción, sea física o psíquica, no puede realizarse más que en instantes sucesivos, lo cual puede conducirnos naturalmente a una nueva visión del hombre mismo. Yo no trato de sembrar la alarma. Yo no digo que la vida esté contenida en instantes, puesto que ella tiene de estable lo que de continuo hay en la materia y en la psique; pero cada instante tiene el poder de condensar todo el pasado del hombre y su posible futuro, y ahí reside la posibilidad que tenemos de hacer frente a todas las situaciones que se nos presenten. Por lo demás, en la vida diaria los hombres están obrando como si los instantes no existieran, y la inconsciencia contenida en el querer, que se manifiesta en los hábitos, en el lenguaje, en los ritmos diversos, nos dan estabilidad y firmeza para salir adelante.

Pero ya es hora de que nos planteemos la interpretación del tercer concepto a que aludimos antes, el de la decisión, por ser el de mayor volumen de los

tres que expusimos: instante, futuro y decisión. La decisión es el más grueso y sólido eslabón de la cadena que sostiene al tiempo, por ser el que produce el orden en él y da sentido a nuestro devenir. Cuando yo tomo una decisión divido el tiempo de mi vida en dos partes: pasado y futuro. Y aunque el instante presente se transforma inmediatamente en pasado y el futuro en presente, sin embargo, no hay modo de poder alterar el orden de los tres. Y sobre ese orden se teje la vida de cada cual sin posibilidad de confusión. Pero dejemos este problema tan fundamental para venir a esta otra cuestión que acaso le gane en importancia. En filosofía es necesario, imprescindible, plantearse cuál es el hecho primitivo de la psique; saber quién nos mueve en última instancia, si es nuestro querer o es nuestro pensar. Porque de la elección que se haga va a depender toda nuestra manera de concebir la vida y de interpretarla. Ortega no se planteó en ninguna ocasión de manera deliberada esta cuestión tan decisiva. Es más, en su ensayo titulado: *Vitalidad, alma, espíritu* nos habla de la existencia de tres yos: “el yo espiritual, que se compone de pensar y querer y que tiene un carácter puntual, instantáneo; el yo del alma que está hecho de emociones, sentimientos, deseos, y el yo del alma corporal de donde brotan nuestros impulsos más hondos”. Pero resulta que el yo espiritual, que se compone de pensar y querer, de súbito, y sin que sepamos la causa, lo limita ortega al pensar exclusivamente, con lo cual el querer, que en nuestra creencia es lo fundamental de nuestra psique, queda por completo anulado y por lo tanto sin validez todo lo que podamos decir acerca del decidir en el instante.

El lenguaje, por ejemplo, puede aprenderse por medio del querer y del pensar. Cuando nacemos empleamos el querer, por eso lo aprendemos tan rápidamente. Cuando ya mayores hacemos el aprendizaje de una lengua, nos resulta largo y difícil porque a él nos aplicamos con el razonamiento. Por eso me parece totalmente falsa esa expresión de que sabemos un idioma cuando pensamos en él. Esto no pasa de ser un lugar común, pues en realidad sabemos una lengua cuando no pensamos en ella. El lenguaje, la función más importante del hombre, reposa en los sentimientos. Por eso hay tantas lenguas distintas. Si el pensar predominara en el hombre más que el querer, no habría más que una lengua en el mundo.

Igualmente las nacionalidades no son fruto del pensamiento, de los conceptos, de las ideas, sino de los afectos, del lenguaje, de la fe en los destinos e intereses comunes: aunque desde luego, los principios unificadores de las ideas políticas vienen más tarde a canalizar el querer de todos los individuos que forman parte de la nación.

El querer no se confunde con el pensar, aunque éste influya en aquél naturalmente, pero el sujeto toma de él lo que está más en consonancia con su íntima modalidad. No es el instinto, conforme suele decirse, quien mueve al

hombre a realizar sus actos. Por otra parte, es cierto que no hay acto humano que no está modificado por la existencia del juicio, de la palabra y el pensar. Pero, el acto personalísimo es el que emana del querer, mejor dicho, el acto es personalísimo precisamente porque emana del querer. Y es tan personal porque no reposa ni en el instinto ni en el pensar, sino en fuerzas netamente psicológicas, tales como la ambición, el impulso afectivo, el temperamento, o cualquier otra. Toma, sí, del instinto su impulso animal, material; del pensar el recuerdo y el sentido histórico, pero todo ello lo articula el querer y le da su sello inconfundible, que es espiritual, volitivo y personal.

Se me dirá que muchas veces el acto inicial nuestro está en el pensamiento, en una palabra oída, en algo visto, o simplemente pensado, pero ¿quién nos dice a nosotros que la palabra sentida o el pensamiento hecho no responden a causas más hondas ínsitas en nuestros íntimos deseos?

Es cierto que para decidir correctamente hay que hacer dos juicios y después elegir uno de ellos, pudiendo a veces existir razonamientos intermedios que impidan una inmediata resolución. Mas ¿no habrá en el querer una modalidad específica y analógica al pensar en donde se aloje la experiencia pasada, ya que en cada instante reaccionamos adecuadamente, y que esa reacción se haga, no en forma de dos juicios y de elección de uno de ellos, sino de un solo juicio seleccionado en virtud de algún deseo, de alguna fuerza psicológica que incida en el querer?

Además, cuando yo voy a tomar una decisión, desde luego pienso, pero nadie puede asegurar que esa decisión sea la que en realidad me mueva en última instancia a la acción. Cuántas veces sucede decir: cuando venga le diré esto, y la persona llega y le decimos lo contrario. Y es que el querer es más profundo, decisivo y rápido que el pensar. Los crímenes, las guerras, las luchas sociales, las diferencias personales, la ambición, el orgullo, todo aparece en el querer. Si no tuviéramos más que pensar nuestra vida sería una balsa de aceite. Repito, el acto humano es fruto del querer. Viene luego el pensar, inmediatamente después, y trata de modificar al querer; pero a quien modifica no es al querer actual, sino al del acto siguiente con su recuerdo. Por eso no hay un acto de querer ni de pensar puros, pero el del querer es el primitivo y básico.

Kant quería librarse de la influencia subjetiva del querer en la ética y con tal fin engarzó la razón en la vida práctica, una razón que nos condujera por el camino del bien, pues la filosofía y en general la cultura han considerado siempre que la razón es la productora del bien, de la verdad y de la belleza, y en cambio al querer se le ha tachado como origen de pasiones y fuente del mal. Por eso Kant, ya digo, pretendió liberar su sistema moral del querer, del mal, del deseo y el capricho, dando a la razón la primacía. Y por ello nos dijo en su imperativo categórico: "Obra de tal manera que la razón de tu acción pueda ser

erigida en una ley universal". El gesto es noble. El intento puro. Como Kant quería que fuera la voluntad en el obrar. Aspiración al bien universal, a la paz perpetua. Optimismo del siglo XVIII. Restos del racionalismo.

Yo me alejo del racionalismo y me instalo en el voluntarismo. También Ortega quiso alejarse del racionalismo, aunque no de la razón. Era natural que así fuera, si había de poner la proa de su navío hacia el campo del raciovitalismo. Pero en tanto que él no rompió abiertamente con la tradición racionalista, puesto que de *ratio* a racionalismo no hay un muy largo trecho, en cambio yo no me anduve con remilgos y me adentré por los campos del querer, como Don Quijote por los de Montiel. También el maestro quería poner el querer en la base de su filosofía. Lo prueba cuando nos dice que "la razón no puede, no tiene que aspirar a substituir la vida". Y en las *Meditaciones del Quijote* exclama: "Muy lejos nos sentimos hoy del dogma hegeliano que hace del pensamiento sustancia última de toda realidad. Pero al destronar la razón cuidemos de ponerla en su lugar. No todo es pensamiento, pero sin él no poseemos nada con plenitud". Y sin embargo, en otra ocasión el maestro nos decía: "El pensamiento no es, pues, lo primario, sino la actuación de algo más hondo todavía. Ese algo más hondo es el vivir mismo". Y bien ¿qué es el vivir mismo –me pregunto yo– sino la acción profunda que dicta el querer? Esta pendulación de Ortega entre razón y vida, es precisamente el punto neurálgico de su sistema filosófico. Él piensa que lo vital es lo esencial de su filosofía, y a pesar de ello, en lugar de conservarle la prioridad, pacta con la razón, hace concesiones definitivas a lo que de germánico quedó en su espíritu en la dura disciplina de la escuela de Marburgo. Y fruto de esta pugna es este pensamiento suyo de las *Meditaciones del Quijote*: "Para un mediterráneo no es lo más importante la esencia de una cosa, sino su presencia, su actualidad; a las cosas preferimos la sensación viva de las cosas". Esto es exacto como interpretación psicológica. Los que nacimos en las orillas mediterráneas nos quedamos con nuestros pensamientos en la superficie, en los instantes en que la vida se nos manifiesta; pero ¿qué sería de la vida humana si desapareciera de nuestra mente la captación de los instantes superficiales de nuestra existencia? Es en el instante mismo donde se pone en conmoción todo nuestro organismo físico y nuestro psiquismo, y donde se unen el alma y el cuerpo. Es el instante el único lugar de nuestra realidad y donde podemos evocar el pasado e inventar el futuro, y sobre todo donde realizamos la acción. Quitad al instante de la vida humana y la habéis anulado. Yo no reniego de mi mediterraneismo. Yo sé que Ortega no hubiera cambiado Marbella por Marburgo. Y seguramente San Agustín tampoco hubiera renunciado a Tagasta e Hipona.

Insisto sobre lo que antes dije. Ortega quiso y puso la razón en el primer plano de su filosofía. Y luego subordinó la vida a la razón. Adjetivó la vida, a

pesar de que constituye lo esencial de su sistema. No se llama su filosofía vitarracionalismo, sino raciovitalismo. Por eso se ve que el barco orteguiano dio fuertes bandazos, unas veces inclinándose hacia las esencias de Husserl, una nueva forma del idealismo, y otras renegando del mismo. Pero la unión de la razón y de la vida es un matrimonio mal avenido, no es estable, no puede serlo, porque la razón representa lo universal, lo genérico, y la vida es profundamente individual y volitiva en su última e íntima expresión.

¿Pero por qué Ortega no fue fiel a seguir la trayectoria que le imponía su propio pensamiento, la circunstancia vital? Es verdad que tratará de resolver la gran dificultad proponiéndonos la aceptación de la vida como un concepto ocasional, esto es, como un concepto con capacidad de adaptación a todas y cada una de las situaciones por participar de lo racional y de lo vital al mismo tiempo. Mas un concepto híbrido no puede justamente conducir a un camino único en la filosofía; no es en realidad un concepto claro y distinto, como diría Descartes. También éste osciló entre pensar y querer y se decidió por el primero y abandonó el segundo, aun reconociendo ser éste de mayor volumen que aquél. Pero en Descartes la explicación es convincente dada la época en que vivía, estrictamente racionalista; pero no en Ortega. Porque nuestro maestro había ya demolido el edificio cartesiano, al igual que Descartes había terminado con el aristotélico. Y Ortega, después de habernos descubierto con acento patético un mundo nuevo, el de la propia vida como concepto filosófico, de entraña y formato absolutamente nuevos, punto de partida admirable, luminoso, nos da para orientarnos la brújula de la razón, que en el fondo no podía interpretar en toda su integridad la vida.

Yo sé que Ortega rechazaría mis palabras y me respondería con estas suyas, contenidas en *La Historia como Sistema*: “Para mí la razón vital es la razón con mayúscula, todas las demás son formas particulares de la razón, es decir, simplificaciones abstractas de ella; la razón pura, naturalista, físico-matemática, geométrica, son simplificaciones abstractas de ella”. Y el maestro nos habla de razón vital y de razón histórica. No conozco los dos últimos libros suyos, titulados *El hombre y la gente* y *Aurora de la razón histórica*, por no haberse aún publicado; pero lo que no quería Ortega era poner la razón pura como fundamento de su filosofía, y por eso en *El tema de nuestro tiempo* nos dice que todo consiste en “Reducir la razón pura a razón vital”. Ahora bien ¿consistirá esa reducción en salvar a la razón pura de su imposible universalidad y al convertirla en circunstancia vital dará al individuo, en todas sus actividades, el sostén creador e inteligente que le son necesarios? Por otra parte Ortega nos dice que la razón vital es la razón histórica, y yo me pregunto si acaso ahí irían apareciendo y formándose los presentes sucesivos, recogiendo en ellos todo lo que la humanidad y el hombre hicieron en su pasado, e incluso imaginando

lo que podrían hacer en el futuro. ¿Será entonces la razón vital comprensiva de todas las actividades espirituales, incluyendo las de la razón histórica? No soy yo sólo el que piensa que éstos son puntos que necesitan precisiones. Lo que si diré es que la razón, vital o histórica, siempre será razón, y para mí la razón carece del impulso creador para ser el origen de la vida psíquica, el cual reside en el querer.

El querer, el yo quiero, he ahí lo básico; pero no por capricho mío. Abramos los ojos de par en par y nos convenceremos de ello. El maestro ha dicho continuamente que la vida del hombre es un hacer, que el hombre depende de lo que haga en cada instante. Nos lo repite como un *ritornello* a lo largo de toda su obra. He aquí una frase suya reveladora de que el camino del querer y no el de la razón era el suyo: “Llamo espíritu –dice en *Vitalidad, alma, espíritu*– al conjunto de los actos íntimos de que cada cual se siente verdadero autor y protagonista. El ejemplo más claro es la voluntad. Ese hecho interno que expresamos con la frase «Yo quiero», ese resolver y decidir, nos aparece como emanación de un punto céntrico en nosotros, que es lo que estrictamente debe llamarse «Yo». Y en el ensayo *Azorín. Primores de lo vulgar* aparecen estas palabras: “Y esta vida inmediata, estas emociones de cada uno son para cada uno lo primero en el universo. Quiera o no. Todo lo demás es secundario y en él se articula”. Y no contento con eso, en las *Meditaciones del Quijote*, en plena juventud, exclama Ortega lleno de gozo esta expresión definitiva: “Deberíamos considerar que así la vida social como las demás formas de la cultura, se nos dan bajo la especie de vida individual, de lo inmediato. Lo que hoy recibimos ya ornado con sublimes aureolas tuvo a un tiempo que estrecharse y encogerse para pasar por el corazón del hombre”.

Y si nos acogemos a las creencias de las que el maestro nos habla continuamente como fundamento y raíz de nuestra vida, veremos que él llega a decirnos: “Si no fuera por las creencias la vida humana sería incomprensible”. Y bien, las creencias, ¿no están en el corazón del hombre, en su querer más que en su pensar?

Claro es que en seguida surgirá la airada protesta de los dogmáticos. ¿Una filosofía sin razón? Eso se llama irracionalismo y es inadmisibile. Pero vengamos a cuentas, señores. Hemos partido en nuestro caso de la vida como punto de vista fundamental. Si ello nos lleva a romper con las respuestas tradicionales es porque éstas se ajustaban al punto de partida del ser. Y precisamente el concepto de vida está más allá del que siempre se consideró como punto clave de toda filosofía: el del ser, porque lo comprende.

La razón es más teórica que práctica. Será, como pretendía Ortega “una función vital y espontánea del mismo linaje que el ver o el palpar”. Y aunque esté yo naturalmente de acuerdo con él en apreciar el valor supremo que tiene

en filosofía, pues sin ella no se podría dar un paso; una cosa es que sea imprescindible para construir un sistema filosófico, y otra que sea el origen mismo de la vida, porque en el principio no fue el logos, sino la acción, diría con Goethe, y la acción tiene por base el querer. Pero este querer no es la razón práctica de Kant, ni la vital de Ortega, ni la razón histórica de Dilthey. Es la voluntad de Duns Escoto o de Schopenhauer, sin los supuestos místicos del primero, o de los negativos y apriorísticos del segundo. El querer es lo que impulsa al hombre, culto o vulgar, a hacer frente a su vida. Y ese querer es afirmación perenne, amor y deseo de vivir, fuerza temperamental, ambición, esperanza, ensueño, incluso vicio; pero en todo caso superación de la muerte y ansia de inmortalidad y eternidad, precisamente por el íntimo convencimiento del hombre de que su vida se forma en instantes.

Ortega oscila entre querer y pensar, y esa oscilación aparece de modo evidente en las apreciaciones que hemos hecho en el marco de su razón vital. Nos dice el maestro en su ensayo *El esquema de las crisis*, que ha habido períodos en la historia en los que la fe se ha impuesto, como ocurría en la Edad Media, y otros en los que no se apreciaba el sentido y el valor de la ciencia; en cambio en el Renacimiento, al empezar a disminuir la fe religiosa se la substituye por la fe en la ciencia, la cual ha de prepararse durante cinco generaciones hasta que cuaja en Descartes. Y bien, yo me pregunto: ¿No será el mundo del espíritu como un recipiente en el cual su contenido, formado por el querer y el pensar, se coloca periódicamente por densidades, como los líquidos, lo que produce sus oscilaciones de nivel, que unas veces hace ascender el pensar, como ocurrió en Grecia; otras el querer, como sucedió en la Edad Media; más tarde reapareció el pensar en el Renacimiento; para volver a hacer su aparición pujante el querer en la época en que estamos viviendo, y que por eso se nos presenta tan movida e inestable?

Y si el objetivo de la historia es como dice Ortega “transformar todo el pasado del hombre en un inmenso y virtual presente, ensanchando así de manera gigantesca nuestro presente efectivo”, ¿no vendremos en nuestra época, tiempo de la máxima presencia, a pretender resucitar todos los quererres posibles de los hombres de todas las edades, que al fin y al cabo no es otra cosa que penetrar en los íntimos sentidos de la historia? ¿Y no vendremos a encontrar en nuestra época la coincidencia del hombre vulgar y del hombre de ciencia, el primero por su intuición clarísima de que nuestra época es la del instante, por ser la del motor y la prisa, y el segundo pretendiendo dar forma con sus creaciones a esa manera acelerada de vivir; pero ambos partiendo del hecho fundamental, de que el querer es el hecho radical, sostén e iniciador de nuestra vida psíquica?

Lo que se necesita es hacer en el querer análogos estudios fundamentales que hasta ahora la filosofía hizo en el pensar y la razón. Éste ha sido mi intento en *Una Filosofía del Instante*; pero ello es solamente una iniciación. Por eso pretendo continuarla en una según da parte del citado libro y que llevará por título *Del Instante a la Acción*. Sé que no tengo fuerzas para tamaña empresa, y no es falsa modestia, pero muchas veces las obras humanas se aprecian por las aspiraciones más que por las realizaciones concretas.

Yo pido perdón al querido, al idolatrado maestro, por esta osadía mía de crearme con capacidad suficiente para tratar de abrir un camino en el mundo que él alumbró. Yo no sé cuáles serán las múltiples direcciones adonde la filosofía de Ortega conducirá. Lo que sí sé es que la filosofía del instante es una de ellas, y espero haber convencido de ello a algunos de mis oyentes. Por lo menos mi convicción es firme. Pero si en algunas personas que me escuchan, mis razonamientos no hubieran hecho mella, por lo menos en el ánimo de todas habrá quedado patente que al honrar el recuerdo del maestro he querido honrarme yo mismo.

Conferencia pronunciada en el Ateneo Español de México  
el 20 de agosto de 1956.  
*Cuadernos Americanos*, n° 6, año XV, vol. XC,  
noviembre-diciembre de 1956, pp.115-129.  
*Instante, querer y realidad*, FCE, México, 1958, pp. 416-429.